

El 19 de abril de este año, García Márquez publicó en *El Espectador*, de Bogotá, un artículo titulado "La última y mala noticia sobre el escritor Haroldo Conti". Como tuvo repercusión en todo el ámbito de la lengua castellana, y porque en él se escriben palabras que me afectan personalmente, me veo obligado a responder. El artículo se refiere al secuestro del escritor argentino Haroldo Conti en los primeros momentos del gobierno militar que accedió al poder mediante el golpe de marzo de 1976.

Dice en el párrafo en que me alude: "Quince días después del secuestro, cuatro escritores argentinos —y entre ellos los dos más grandes— aceptaron una invitación para almorzar en la casa presidencial con el general Jorge Videla. Eran Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, Alberto Ratti, presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, y el sacerdote Leonardo Castellani. Todos habían recibido por distintos conductos la solicitud de plantearle a Videla el drama de Haroldo Conti. Alberto Ratti lo hizo y además entregó una lista de once escritores presos. El padre Castellani, que entonces tenía casi 80 años y había sido maestro de Haroldo Conti, pidió a Videla que le permitiera verlo en la cárcel".

Cuando se da una información de tal gravedad, se debe ser muy cuidadoso con cada una de las palabras y estar rigurosamente seguro de las fuentes. Tal como se presenta aquí el hecho, aparezco como un señor que va a almorzar con Videla, manteniéndose en silencio sobre el gravísimo hecho de un secuestro a un escritor conocido, o hablando de la comida cuando en el país se cometían centenares de crímenes. Por lo visto mis innumerables y conocidas denuncias de esos crímenes en todos los diarios del mundo, empezando por los de mi país, no me ponen a cubierto de esta clase de comentarios injustos. Pero veamos cómo se desarrollaron los hechos:

A las pocas semanas de instaurada la dictadura militar, fueron invitados a conversar con el presidente diversas figuras representativas del país —empresarios, abogados, médicos, académicos, economistas, periodistas— para enterarlos de los motivos que las fuerzas armadas habían tenido para terminar con el régimen anterior y para reprimir la subversión;

Respuesta a Gabriel García Márquez

Ernesto Sábato

conversaciones que tenían por fin, también, recibir opiniones de los diversos sectores. En el caso de la reunión a la que yo concurrí, se dijo que la presencia de un escritor liberal como Borges, de uno de la izquierda democrática como yo, del presidente de la Sociedad de Escritores, y de un sacerdote proveniente del nacionalismo de derecha como Castellani, aseguraba representatividad a los sectores culturales no comprometidos con el terrorismo. Era idea generalizada en todos los argentinos que Videla encarnaba la parte moderada de las fuerzas armadas y que era estrechamente vigilado por los generales, almirantes y brigadieres duros. Precisamente por esta característica, fui instado, ante mi vacilación, por personas eminentes del campo democrático y del sindicalismo, a que concurren, como una posibilidad de que alguien pudiera denunciar los gravísimos delitos que se estaban cometiendo; así, por mi casa desfilaron en aquellos dos días cantidad de argentinos angustiados, incluyendo padres y madres de desaparecidos que me rogaban, muchas veces entre sollozos, hablara ante el presidente por todos los que no podían hacerlo y en la vaga esperanza de que Videla pudiese influir sobre los militares más impecables.

En tales condiciones acudí a la entrevista. Lo que allí sucedió —felizmente— está registrado con toda su amplitud y fidelidad en el diario *La Razón* de esa misma tarde, 20 de mayo de 1976 y en la página entera que *La Opinión*, dirigida por J. Timerman, dedicó a mis declaraciones textuales durante el encuentro. Esos son los únicos documentos a los que debe remitirse quienquiera que quiera aplaudir o reprobar mi asistencia; pues siendo de extrema importancia política y conteniendo graves acusaciones contra el gobierno no fueron desmentidas ni en una sola palabra por la presidencia de la nación, ni en aquel momento ni nunca después. En esos dos diarios García

Márquez encontrará la descripción textual de la entrevista, mis denuncias sobre las persecuciones, mi defensa de la libertad y de un estado de derecho. Por otra parte, durante este trágico lapso he hecho innumerables declaraciones en el mismo e invariable sentido. Mencionó algunos: *Nouvelles Litteraires de Paris* (16.12.76), *Cuadernos para el diálogo de Madrid* (22.1.77), *La Nación* de Buenos Aires (20.2.77), *El Tiempo* de Bogotá (20.2.77), *La Razón* de Buenos Aires (21.2.77), *El Tiempo* de Bogotá (9.3.77), *Cambio 16* de Barcelona (10.3.77), *La Opinión* de Buenos Aires (28.9.77), *El Nacional* de Caracas (29.1.78), revista *Stern* de Hamburgo (18.5.78), *Le Monde* de París (25.6.78), etcétera. Debo agregar, por su extensión, el ensayo publicado a fines de 1976 en Buenos Aires titulado "Nuestro tiempo del desprecio", que el lector puede leer ahora en el volumen "Apologías y rechazos"; un reportaje de dos páginas en *La Nación* de Buenos Aires (31.12.78) en defensa de la libertad y contra las dictaduras; y en fin, la declaración hecha a la Comisión de los Derechos Humanos de la OEA, que me visitó el día 10 de septiembre de 1979, publicada en todos los diarios de la Argentina y algunos del extranjero.

En forma casi maniática he repetido mi repudio a todas las violaciones de los derechos humanos, vengan de donde vengan. Pues el respeto por la persona debe ser absoluto y su violación no debe ser justificada en ningún caso: ni en nombre de razas o pueblos superiores, ni invocando hermosos ideales, como el de la justicia social o el de la liberación nacional; y, sobre todo, si se los invoca. Ni crímenes de la represión ni crímenes del terrorismo de izquierda, que siempre conducen, además, a la instauración de las peores dictaduras, como fue precisamente el caso de la Argentina y mañana mismo puede ser el de España. No hay violaciones execrables y violaciones beneficiosas; admitir la posibilidad de

crímenes legítimos es el más tenebroso de los sofismas, e invariablemente ha conducido a las mayores barbaries. Esta denuncia bilateral no me ha sido perdonada por cierta izquierda que calla las atrocidades en los regímenes totalitarios comunistas y así se me ha tratado de invalidar, ya sea con el silencio, con la intimidación o con la calumnia, como fue la crónica de la revista *Crisis* sobre la famosa entrevista obtenida a partir de un hombre como el padre Castellani, que, aparte de su conocida militancia nacionalista de derecha, estaba ya deteriorado por la senilidad y la sordera. También se me ha intentado presentar como una especie de reaccionario, nada más que por haberme retirado del movimiento comunista a partir de los crímenes del estalinismo, y a pesar de haber mantenido tenazmente mi doctrina de justicia social y libertad. Doctrina en virtud de la cual he usufructuado el doble beneficio de ser considerado como rojo por los reaccionarios y de reaccionario por los rojos. Y no es que sea un simple pacifista, pues sostengo la legitimidad de ciertas violencias. No debemos confundir las guerras de independencia nacional, la que en nuestro continente libramos contra la tiranía española, con las guerras de conquista imperial. No rechazo cualquier violencia ni cualquier revolución. Lamentablemente, la historia las exige en muchas ocasiones, cuando ya no queda ninguna esperanza, como ha sido en el caso de Nicaragua, donde por décadas una sola familia mantuvo la más infame de las tiranías, mediante la sangre y el suplicio. Pero sí rechazo de plano cualquier género de crimen terrorista. Este rechazo total es el que precisamente me autoriza a denunciar también los crímenes de la represión argentina.

A pesar de nuestras discrepancias políticas, admiro a García Márquez como escritor y porque con su obra ha contribuido a enriquecer el tesoro cultural de nuestra América Latina. Mucho me alegraría que en otra ocasión tenga presente esta doctrina que profeso sobre el hombre —el hombre concreto, el sagrado hombre de carne y hueso sin el cual toda literatura pierde sentido— para que, aun discrepando, no se deje arrastrar por informaciones parciales y falaces.